

peleada, la que ofreció mas ejemplos de constancia y de bravura castellana, la que paró el torrente de la invasion, la que mostró mejor á los franceses que la España no era una tierra conquistable. Desmíentame quien pueda. Cuanto llevo referido y cuanto voy á referir son hechos ciertos y notorios, desatendidos ú olvidados por algunos que al honor de su pátria han preferido el logro infame de sus rencores personales, pero no por esto menos ciertos, pues que escritos se encuentran no tan solo en los partes y relaciones oficiales que publicó el gobierno, sino mucho mas y mas extensos en los libros extrangeros, mas que todo en los franceses, libros estos y testigos enteramente irrecusables siempre que han hablado en honor nuestro. Mas que el mio busco yo en estas memorias el honor de mi pátria. Sufra yo, pero no ella, la enemidad de mis contrarios.

El soberbio ejército de Moncey, que pensó invernar en las bellas y apacibles márgenes del Ebro, se habia encerrado en sus cuarteles á la orilla del Uriola, reduciendo su campamento á la mitad por lo menos que habian de menester sus numerosas huestes, harto feliz de conservar en todo trance el camino del Bidasoa. Allí sufrió el hambre y la horrible epidemia que diezmo sus soldados (1). Por el lado

(1) Pasaron de treinta mil las víctimas que se llevó aquel tifo cruel encendido en los cuarteles de Moncey. Los naturales padecieron mucho; pero mucho mas los enemigos.

del mar bloqueado enteramente, y por parte de tierra contenido en sus reductos, mal provisto por la república que le obligaba á vivir á costa de los pueblos invadidos, llegó hasta el extremo de ver sujetos sus soldados á una mala racion de arroz ó de patatas, único alimento y sola medicina que agotados todos los recursos podia darles. ¿Quién le impidió salir mas allá de sus líneas en tan largo conflicto? ¿Quién le estorbó dejar los lugares infestados y buscar posiciones que le ofreciesen mas recursos, que ensanchasen sus tiendas y le dieran á respirar otro ambiente? ¿Por ventura al ejército casi desnudo que conquistaba entonces la Holanda, le detuvieron las nieves y los hielos? ¿Y en el otro extremo del Pirineo no se peleó en el invierno? Honor y gloria al ejército de Navarra y Guipuzcoa que cansó la paciencia y refrenó el poder del ejército mas fuerte que lanzó la Francia en las fronteras españolas.

Reducido en tanto el enemigo casi á la mitad de sus fuerzas á principios de marzo de 1795, y pereciendo sin gloria en el largo bloqueo que mantuvieron nuestras armas por tres meses, vió en fin llegar los socorros por que clamaba de la Francia en los mismos críticos momentos en que templada algun tanto la dureza de la estacion, nuestro ejército lleno de salud y de vida amenazaba sus reductos (1). Mon-

(1) Muchos censuraron en aquel tiempo la larga temporizacion con que el conde de Colomera, sucesor de Caro

cey por evitar la desventaja de sufrir el ataque y por temor de ser cortado, quiso atacar él mismo. La epidemia habia aflorado. Dos columnas de lo mas selecto de su ejército ensayaron acometernos sobre el puesto de Ascarate el mismo dia del equinocio: una y otra columna fueron derrotadas, perseguidas y acuchilladas con gran pérdida.

En 11 de abril, nuevo ataque mucho mas sério

en el mando de este ejército, economizó la salud y la sangre de las tropas durante aquellos meses. El gobierno le habia autorizado para obrar libremente atendidas las circunstancias y segun su prudencia: el conde prefirió dar tiempo á que el ejército enemigo se enervase por el hambre y la epidemia que lo consumian, preparando el golpe que nuestro ejército, con menos cuenta de sí mismo, deseaba ver anticipado. Si los socorros que recibió Moncey se hubieran tardado en llegar, pocos dias que hubiesen sido, todo el mundo habria aplaudido la sabiduría del general español. Justo es tambien confesar en favor suyo, que limitándose á bloquear al enemigo en un tiempo en que los caminos ofrecian mil obstáculos para la guerra de operaciones, prefiriendo como prefirió lo mas cierto y mas seguro, consiguió libertar sus tropas y las provincias de su mando del azote de la epidemia, y ocasionó al enemigo una pérdida incomparablemente superior á la que pudiera haberle ofrecido la fortuna siempre incierta de los combates. Fuese disgusto por las murmuraciones que se levantaron en contra suya, fuese tambien, como expuso, falta de salud y fuerzas en su edad avanzada, pidió ser relevado de su encargo, y el gobierno nombró en su lugar al príncipe de Castellfranco, comandante general del ejército de Aragon, reuniendo en su persona los dos mandos.

contra toda nuestra izquierda, y otra nueva derrota mucho mas grave en los tres puntos que atacaron (1). Entre los prisioneros que hicieron nuestras tropas, se contaron dos generales de brigada.

Los franceses renovaron por dos meses consecutivos sus ataques obstinados contra nuestra izquierda; en todos fueron rechazados. La montaña de Musquiruchu que lograron tomar dos veces, otras tantas la perdieron. El 23 de mayo duró el combate muchas horas y sufrió mucho el enemigo: la guerra se hacia tablas: hasta cerca de fin de junio, nuestro ejército ocupaba las mismas posiciones que al principio de la campaña.

En los Pirineos orientales fué la lucha mas empuñada y no dejó descanso. Nadie respetó al invierno. Nuestra sola pérdida, única que en la tercer

(1) En Pagochoeta, en Elgoibar y en Sasiola. En el ataque de Pagochoeta se vió un rasgo característico del entusiasmo religioso digno de ofrecerse como un contraste con el fanatismo republicano y filosófico. Nuestra tropa habia cejado algun tanto en las cumbres vecinas de aquel puesto, cuando llegó en su auxilio una banda de quinientos paisanos de la insurreccion vizcaina conducida por el cura de Lezama don Antonio de Atuchegui. Venia éste revestido de los ornamentos sagrados; el estandarte era una imágen de la vírgen del Rosario: contra la Marsellesa entonaban las letanías con canto fervoroso que aturdia las montañas. Los militares recobraron su aliento, y militares y paisanos dieron sobre el enemigo, y obtuvieron el triunfo decisivo en aquel punto donde hicieron sobre quinientos prisioneros.

campaña hicieron nuestras armas, fué la plaza de Rosas. Se perdió esta plaza, mas no el honor de nuestras tropas. La defensa que se hizo no necesitan ponderarla las plumas españolas; los franceses á voz comun la llamaron heróica. Desde fin de noviembre hasta el 3 de febrero en que la plaza fué evacuada, sitiadores y sitiados opusieron todos los recursos del valor, de la constancia y del ingenio (1). Los temporales que en ocasiones importantes impidieron muchas veces la accion de nuestra escuadra,

(1) El defensor de esta plaza fué el valiente general don Domingo Izquierdo. El 28 de noviembre comenzó el fuego contra ella. Veinte mil hombres y el general Perignon embestian aquella fortaleza cuya defensa consistia en dos órdenes de murallas sin foso, sin camino cubierto y sin glacis. Las salidas de la guarnicion fueron muchas y brillantes. Tanto en el fortin de la Trinidad como en la plaza se sostuvieron muchos dias con la brecha abierta. Once baterías, una de ellas de veinte piezas, hacian fuego sobre la plaza sin descanso á fin de enero. Durante el sitio dirigieron los sitiadores contra ella sobre cuarenta mil proyectiles, en balas, bombas y granadas. La plaza tiró sobre el enemigo trece mil seiscientos treinta y tres balas, tres mil seiscientas y dos bombas y mil doscientas noventa y siete granadas. Las chalupas cañoneras que auxiliaban la plaza en los dias favorables tiraron cuatro mil setecientas sesenta y tres balas, dos mil setecientas treinta y seis bombas y dos mil cuatrocientas noventa y tres granadas. Las bombas que lanzaban los franceses caian sobre la plaza de una altura de ciento noventa y tres pies.

favorecieron en gran parte á los franceses , pero no tanto que la esforzada guarnicion , cumplidos todos los esfuerzos y todos los prodigios de la lealtad castellana , al dejar aquellas ruinas , no se salvase en nuestras naves. Los cinco mil valientes que la componian reforzaron nuestras líneas sobre el Fluvia.

Tal fué el linde que pusieron el General Urrutia y sus ilustres compañeros á las fuerzas de la república. Los mismos gobernadores que mandaron á Moncey en la anterior campaña poner sus tiendas á la orilla del Ebro , ordenaron á Perignon que no parase hasta sentar las suyas en Tortosa. Por todas partes la victoria cumplia las órdenes de los fieros republicanos: en España tan solo paraba el carro de esta diosa, mal su grado, á cada instante. Sus caballos en Cataluña , por mas que Perignon los arrea-se, se volvieron hácia atrás y se plantaron ante el Fluvia.

Pasaria yo los límites en que deben contenerse estas memorias si intentára detenerme á referir, aun por encima , las brillantes acciones y las singulares proezas con que se distinguieron las tropas, los dignos oficiales, y el paisanage armado del ejército de Cataluña desde el principio hasta el fin de la tercer campaña (1). La pericia militar con que el general

(1) La historia del reinado de Cárlos IV hará pasar á la posteridad muchos nombres esclarecidos que hoy se encuentran olvidados, no tan solo de generales, sino tam-

Urrutia (harto mas feliz mandando en Cataluña que peleando subalternamente en Guipuzcoa y Navarra), y muy especialmente su cuartel-maestre Don Gonzalo Ofarril, establecieron las líneas de agresion y de defensa desde Escala hasta Campredon, y se aseguró una gran base de operaciones, de donde no fué visto que lograra desalojarnos en toda la campaña el general Perignon ni su sucesor Schérer. Tan pronto á la defensiva, y tan pronto ofendiendo,

bien de la ancha lista de oficiales de todos grados y de simples soldados que en aquellos campos merecieron altamente de la pátria. Las acciones sueltas, dignas muchas de ellas de los grandes tiempos de la Grecia, pedirian un libro entero ellas solas. Una contaré por muestra y para gloria de nuestros bravos oficiales. Un simple capitán, mercedor de eterna fama, don Manuel José Pineda, se encargó, una noche de las mas crudas del mes de enero, de sorprender y destruir el parque de reserva que tenia Augereau en el Plá del Coto entre Bellegarde y Figueras. Bastáronle para esta hazaña unos mil voluntarios de los tercios de Cataluña y doscientos somatenes. Este nuevo Leónidas hizo la postrer cena en compañía de sus gefes, y en habiendo brindado por su rey y por su pátria, parte derecho al Plá del Coto con sus valientes Esparciatas, atraviesa el Muga con el agua á la cintura, trepa sendas y precipicios excusados, llega al parque sin ser sentido, cae sobre el enemigo, mata al comandante, y mientras unos pelean, otros clavan los cañones y preparan el incendio. El inmortal Pineda pereció en la refriega. Su segundo hizo rendirse los que en la brigada enemiga perdonó la bayoneta, y siguió la heróica empresa todo el tiempo que fué dable, resonando ya el alarma á pocos pasos en el

seis meses consecutivos se pasaron en combates reglados, muchos de ellos generales, donde nunca vencidos, fuimos casi siempre vencedores. Y era cosa singular que á un ataque que diera Urrutia, el primero que se seguia era dado por Perignon ó Schérer, ocurriendo en esto tal manera de alternativa, que la guerra parecia mas bien un campo de ejercicios militares: los combates no eran empero simulados, que costaron mucha sangre. El puesto de Bâscara, punto intermedio entre los dos ejércitos, ora en poder del enemigo ora en poder nuestro, fué el teatro habitual de esta larga academia

campamento enemigo. Este se componia de diez mil hombres que eran franceses, y no moros. De los tiempos del Cid se contaria este hecho como una maravilla. Y helos aquí, estos bravos eran soldados y adalides de los tiempos de Cárlos IV. Perecieron en la empresa unos cincuenta. Los demas volvieron salvos á los reales del ejército y trajeron cien artilleros para muestra.

Otras de las glorias de aquel ejército fueron las atrevidas y continuas expediciones de los somatenes y Miqueletes con que acudió el principado. La poderosa diversion que estos cuerpos volantes, y por decirlo así intangibles, ofrecian al enemigo en la guerra de montaña, ocupó la division toda entera del campamento de Figueras que la acosaban sin descanso. Las acciones parciales y los triunfos cotidianos que obtenian por todas partes sobre los puestos enemigos, y los hechos singulares y gloriosos de sus correrías en la Cerdaña, á fuerza de ser tantos, se volvieron vulgares. Muchos se han quedado olvidados para siempre.

sangrienta de españoles y franceses. Mas que en ninguna otra parte aprendieron allí las dos naciones á estimarse, porque iguales en fuerzas los dos campos, otro tanto como en los bríos y las gentilezas marciales, se guerreó de entrambos lados con soberbia, mas con lealtad; con furor, mas sin ódio; con las armas, no con injurias y denuestos bien mirada por los unos y por los otros la bandera enemiga sin distincion de emblemas y colores. De aquel modo de hacer la guerra caballerosamente, se podia presentir que la antigua amistad de los dos pueblos tendia otra vez á renovarse.

Y así fué que con las brisas de las flores nos llegaron tambien los primeros susurros de la paz, y llegaron del enemigo. Tiempo era ya, atendidas las circunstancias de la Europa y el cambio de principios y política que mostraba la Francia, de acoger la paz si venia honrosa y ofrecia mejores tiempos y esperanzas de ser durable, bien sentada.

CAPITULO XXV.

De las negociaciones de paz hasta su ajuste definitivo en Basilea el 22 de julio de 1795.—Postreros sucesos de aquella campaña hasta el fin de la guerra.

En el debate que en 1794 fué tenido en el consejo sobre la prosecucion ó la cesacion de la guerra,

referido exactamente en los capítulos 17, 18 y 19 de estas Memorias, recordarán mis lectores que entre otras cosas dije las siguientes.

«No está lejos quizás que por resultas de una
»reaccion dichosa aparezcan (en el gobierno fran-
»cés) otras personas, otras leyes, otras máximas de
»política, otro sistema en fin que ofrezca garantías
»á las naciones y permita entenderse con la Francia.
»He aquí el término, por mi voto, de esta guerra
»sin ambicion, guerra tan solo represiva, guerra
»adoptada con seriedad y con firmeza, pero no obs-
»tinada ni irracional, no sujeta á capricho ageno,
»no obligada por estipendios, pronta á cesar en ce-
»sando la situacion antisocial de la Francia, que
»podria poner en duda nuestra existencia ó nuestra
»honra (i).»

Dije tambien poco despues lo que sigue :

«Lo que quiera que sucediere, yo afirmo por
»mi parte que ningun suceso posible hallará despre-
»venido al gobierno español; que sus ojos están aler-
»ta sobre cualquier evento que la incierta fortuna
»de las armas, ó la variedad de consejo en las cór-
»tes aliadas, pueda ofrecer en daño nuestro; que
»ningun capricho, ninguna sugestion, ningun in-
»flujo, derribará sus intenciones de hacer la paz,
»cuando el tiempo y las circunstancias la hicieren

(1) Pág. 211.

» conveniente; que el gobierno de España no estará
» nunca solo, ni para hacer la guerra, ni para tran-
» sigir con la Francia, segun lo pidan los sucesos
» y que en sus miras y sus medidas conciliadoras,
» mas de un gabinete, cuando llegue la hora, se
» mostrará de acuerdo con nosotros; pero que an-
» sioso de la paz, mas que de glorias y de triunfos,
» el gobierno del rey, si valiere mi consejo, ni aun
» en la misma adversidad sabrá tratarla con detri-
» mento de su honra (1).»

Si el gabinete de mi cargo hizo buenas sus pre-
visiones, si se mostró consiguiente y fiel á sus prin-
cipios, y si estos fueron acertados, lo dirán los
sucesos.

Todos saben cual fué la gran jornada del 9 de
thermidor, año II de la república francesa (27 de ju-
lio de 1794). Los hombres que asombraron á la Eu-
ropa con sus doctrinas y sus crímenes, derribados
sus gefes en aquel gran dia memorable de los fastos
franceses, vieron caer sin mas retorno su espantosa
oclocracia. La Francia toda, fuerte y engreida como
se hallaba por sus triunfos, se indignaba no obstan-
te de sufrir el desvío de los pueblos civilizados por
los principios execrables con que la deshonoraron sus
tiranos: el partido vencedor comprendió la necesi-
dad de hacerse amigos los gobiernos y afirmarse,
obtemperando al voto de la Francia. De mas de esto,

(1) Pág. 117.

la revolucion francesa era ya un hecho consumado que legitimaron las armas, postrer razon de las naciones. Sucedido así, y atendida la mejora de ideas y de propósitos que produjo aquella crisis, convenia no estorbarla. La Francia habia sufrido la opresion interior por salvar como nacion su independenciam libre á un tiempo mismo del furor de sus doctrinas y del poder violento de sus duros opresores, un solo motivo, cual seria otra vez el peligro de perder aquel bien que habia salvado, podia resucitar el terrorismo y habilitar de nuevo á aquellos hombres. Entre cadenas propias ó cadenas del extrangero, la Francia habia probado su voluntad de resignarse á las primeras antes que recibir un yugo impuesto por el poder ageno. Mientras peligraban los pueblos por el malvado ejemplo que ofrecian los desusados crímenes de la revolucion francesa, mientras eran de temer las sugeriones pérfidas con que los autores de aquel drama espantoso trabajaban por buscar cómplices en las demas naciones, mientras intentaban, en fin, abrir paso á sus doctrinas por las armas é imponer á la Europa su frenética dictadura, la coalicion fué justa y necesaria; sus deberes, sagrados. Pero vuelta en sí la Francia y diezmados de su propia mano los tiranos que convirtieron el poder en instrumento de destruccion contra propios y extraños, puesta en guerra ella misma contra los restos de aquella asociacion de antropófagos y hechas menos temibles las teorías sediciosas por los vivos des-

engaños que presentó su aplicacion dentro y fuera de la república, la coalicion debió hacer alto y aguardar el suceso de la feliz reaccion que se mostraba. Sin enemigos que combatir de la parte de afuera, el calor de los ánimos se habria vuelto todo entero contra los enemigos interiores, y el instinto del orden, la sed de justicia, el cansancio de la anarquía, el sentimiento religioso indestructible, el poder de los antiguos hábitos, y la luz mas que todo, la reciente leccion de la experiencia, habrian hecho reedificar sobre bases estables bien trazadas el gobierno monárquico, dando fin á tantos males. En ninguna época de la revolucion tuvo el reinado mas partido que en aquellos dias en que levantado el azote, abiertas las prisiones, libre el dolor para quejarse, reconocido el estrago, y tomadas en cuenta tantas víctimas incontables de las pasiones desatadas, la impresion poderosa de tan récias calamidades persuadia el solo medio indefectible de impedir su vuelta restaurando la monarquía. La desgracia fué, que á los gobiernos que se unieron para la guerra, no les fué dado concertarse para la paz del mismo modo, porque no plugo á la fortuna equilibrar los bienes y los males de la lucha que fué empeñada, sucediéndose tristemente á la querrela de principios la querrela de intereses harto mas difícil de acallarse. La victoria dió á la Francia adquisiciones codiciables que su propia seguridad, otro tanto como su gloria, le aconsejaban que guardase, mientras el interés y

el honor de los vencidos exigia su rescate. Esta dura fatalidad de los sucesos, alargando el conflicto de las armas, alargaba tambien la vida á la república.

Bien por cima de estos estorbos y por cima de las pasiones, vióse en fin un monarca de primer orden darse prisa á salir de aquella guerra; y el primero de todos para la lid cuando la creyó necesaria, fué tambien el primero para dar fin á una lucha que aumentaba el poder del enemigo. El rey de Prusia Federico Guillermo no estimó ageno de su honor ni del interés de su pueblo asentar la paz con los franceses aun á costa de sacrificios (1). Este suceso inesperado alegró á la Francia mucho mas que una victoria, y pareció afirmar los propósitos de enmienda en los hombres que dirigian los destinos de aquel pueblo. Cuando Rewbell dió cuenta á la convencion de este primer tratado de un rey con la república, se expresó de esta suerte: « Ciu- » dadanos representantes, os encontrais muy cerca » de coger todo el fruto de vuestros principios de » moderacion. La república, gobernada por tiranos » y atormentada por facciosos, excitó en contra suya » las potencias que parecian haber jurado su destruc-

(1) Esta paz fué firmada en Basilea á 5 de abril de 1795. El rey de Prusia consintió en dejar en poder de la Francia, hasta que fuese ajustada una paz definitiva con el imperio, todas las posesiones de su dominio que habian conquistado los franceses en la orilla izquierda del Rhin.

» cion. Vedlas ya venir y adoptar la paz, luego que
» habeis probado al universo que la humanidad y la
» justicia serán de hoy mas vuestras guias para go-
» bernar este gran pueblo.» — Y asi fué que los
príncipes del imperio levantaron su voz de todas
partes reclamando la paz y estrechando al empera-
dor para hacerle abrir negociaciones. Muchos de
ellos, á pesar del Austria, aceptaron la mediacion
del gabinete prusiano para tratar las paces ellos
mismos (1).

Tales hechos se cumplan en la Europa cuando
la España fué invitada á deponer las armas. La opi-
nion general, salva siempre la seguridad del estado
y el honor de la corona, se veia desearla. La paz ofre-

(1) He aquí una lista de los ministros mas notables
que se encontraban en Basilea por los meses de julio y
agosto para tratar de paces. El conde de Lehrbach por el
emperador, el baron de Hardenberg por los príncipes del
imperio, M. de Berqueuve por las ramas palatinas de
Saltzback y de Bickenfelt, M. Waitz por Hesse-Cassel,
M. de Meisner por Brunswick, el conde Diodati por
Mecklemburgo-Strelitz, M. Keppler por Hesse-Darmstadt,
y los consejeros Lang y Grenham por Lemmingen-Durc-
kheim. El Landgrave de Hesse-Cassel, falto de paciencia
para aguardar las lentitudes diplomáticas, no sin grave
sentimiento del emperador, firmó á parte de los demas
miembros un tratado de paz y alianza con la república,
dejando á la Francia la fortaleza de Rheinfelds, la ciudad
de San Goar y varios otros distritos á la orilla izquierda
del Rhin hasta la paz final con el imperio.

cida , sin ser la España la primera en aceptarla , no podía menos de halagar la soberbia castellana. Falta empero la primera y la mas esencial, que era evitar hasta la sombra de cualquier sacrificio que exigiese la Francia , como en efecto lo exigió en un principio pretendiendo retener en poder suyo , hasta las paces generales, las cuatro plazas que tenia ocupadas. La respuesta fué negativa y terminante. Preguntada nuestra intencion , fué respondido que seguir la guerra , sobrepujar á la Francia en sacrificios y alzarse en masa la nacion entera si lo exigian las circunstancias. Preguntado en fin sobre qué base se prestaria el gobierno á tratar con la república , se respondió que la misma que esperaba obtener por las armas, á saber la absoluta integridad y la libre disposicion del territorio invadido sin ceder ni una aldea. A esta condicion, por una leal perseverancia en los nobles oficios de humanidad y parentesco que precedieron á la guerra, á favor de la familia real de Francia, fué añadido que si llegaba el caso de negociar y de reconocer España la república francesa, nuestro gobierno no podria menos de pretender que el gobierno francés se mostrase justo y generoso, cual correspondia al honor de una gran nacion , con los dos augustos huérfanos inocentes que gemían en el Temple, y se entregasen á la España (1).

(1) Tal fué en todo tiempo la lealtad de Cárlos IV y del gabinete español en favor de la familia real de Francia.

El primer efecto de esta respuesta fué una grande irritacion en los mas de los mandatarios del poder, que hicieron apurar los depósitos del mediodia, y engruesados los ejércitos del Pirineo, dieron orden de avivar la guerra y arreciarla á toda costa. Un efecto mas de aquella cólera fué deponer cinco generales y otros oficiales superiores del ejército de Moncey, como medio de excitacion á los tibios y perezosos. En los Pirineos orientales, el mismo Pérignon, que tan señalados servicios tenia hechos, fué locamente reemplazado, con no poca ventaja de la España, por el general Schérer, que se mostró muy inferior al primero. Los que gobernaban la república, no podian concebir que los ejércitos franceses no disfrutasen en España del mismo privilegio que gozaban en las otras partes, de abarcar pueblos y provincias, y ganar de dia en dia muchas leguas sin mas pena que perseguir los fugitivos y hacer marchas.

El duque de Havré tuvo largas pruebas de esta conducta del gobierno en favor de sus príncipes, tan consiguiente y tan sincera, como franca y desinteresada, mientras empeñada la guerra fué tiempo oportuno de trabajar por ellos. Si la España no realizó muchos proyectos generosos, culpa fué de los que prefirieron los subsidios y el padrinazgo de Inglaterra. Hecha aquí esta inútil mencion, séame dado añadir, que llegado yo á Francia triste peregrino, no merecí á ninguno de la real familia nuevamente entronizada ni tan solo un recuerdo.

Por la parte de España nuevos refuerzos de todas las provincias, y surtidos copiosos dirigidos á las fronteras, regocijaron nuestras tropas. La juventud navarra duplicó sus legiones: Cataluña aumentó por millares sus miqueletes indomables: de Valencia partieron sus fogosos velites, ligeros como el viento; del Aragon sus valerosos hijos, tercios y porfiados con la bayoneta al brazo. Un cuerpo de reserva de Castellanos viejos, ejercitados en las armas hacia un año, se movia para el Ebro. Dos escuadras, destinada la una de ellas á las costas de Cantabria, la otra á la Cataluña para cooperar con los ejércitos, completaron los nuevos medios de campaña.

Entre tales preparativos de ambas partes, que parecian alejar toda idea de paz cercana, fué de observar que los dos reales huérfanos cuyos nombres pronunció la España con interés en las pláticas de paz que fueron rotas, empezaron á ser mirados con piedad y á obtener favores del gobierno. Harto tarde ya para el desgraciado niño, recibió éste las visitas del célebre Dessault, y sus dolores se endulzaron los pocos dias que duró despues su vida. Menos desgraciada su augusta hermana, á contar del mes de mayo, llegó á gozar tratamientos y consuelos hasta entonces desusados. La noticia de estas cosas fué prodigada con cierta ostentacion en las fronteras; los papeles que se escribian bajo el influjo del gobierno francés, dejando el tono amenazante,

contenian artículos lisonjeros para España, y he aquí que á vuelta de algunos dias el ciudadano Bourgoing recibe la mision de abrir en la frontera nuevas negociaciones dirigidas á la paz. Este antiguo amigo de la España me escribia cartas sobre cartas llenas de franqueza, rebosando sinceridad, dignas de creerse: su carácter honrado, la moderacion de sus principios y su probidad, largo tiempo acreditada entre nosotros, aumentaban la confianza. Sus comunicaciones eran todas sin rodeos y sin misterio; el tenor de ellas era tal que no podia dudarse estuviese autorizado para hacerlas tan seguras y tan claras. En una de ellas se alargó hasta incluirme original una carta de Tallien, miembro en gran manera influente de la junta de saluz pública, donde le encomendaba me escribiese, «que se queria la » paz sériamente; que la cólera de algunos pocos no » alcanzaria á estorbarla; que se apartaria toda especie de condiciones onerosas; que el momento era » importante, porque razones políticas de un gran » peso, pero expuestas á variar, influian en aquella » actualidad en el deseo de terminar la guerra con » España (1); que las dos potencias no podrian me-

(1) Las razones políticas que en aquellos dias influyeron sobre el vivo deseo de hacer la paz con nosotros que mostraba el gobierno francés, aunque Tallien no hizo mas que indicarlás, hubieron de ser el gravísimo cuidado que dió á la república la expedicion que se preparaba en In-

» nos de entenderse con buen éxito; que la plenipotencia para tratar con el ministro que nombrase la España estaba dada á prevencion al ciudadano Barthélemy con instrucciones amplias, favorables y honrosas á las dos naciones (1); que ademas del interés político de las dos naciones, muchos motivos particulares de afeccion personal en favor de la España que no podian desconocerse, le movian á dar aquel paso por sí mismo (2); que me lo es-

glaterra para las costas del oeste, cuyo trágico resultado fueron despues los espantosos desastres que sufrieron los emigrados en Quiberon. Nadie dirá en medio de esto que las negociaciones con la España facilitaron aquel triunfo á la república, pues que justamente al tiempo mismo en que se verificó aquella gran catástrofe (20 de julio) nuestras tropas y las francesas peleaban con mayor teson y empeño de ambas partes que en ninguna otra época de la guerra.

(1) Y por lo menos la fecha de la plenipotencia en virtud de la cual trató luego Barthélemy, fué de 21 del mes de floreal, correspondiente al 10 de mayo, cerca de dos meses anterior á la plenipotencia por España que fué dada en 2 de julio.

(2) Pocos hay que ignoren las grandes prendas sociales y políticas de doña Teresa Cabarrus, despues madama de Fontenay, mas conocida luego con el nombre de madama Tallien, hoy princesa de Chimey. Cuantos han escrito la historia de la revolucion francesa le han tributado los elogios que mereció en un grado eminente, porque á su feliz y poderosa influencia fué debida en mucha parte la gran jornada del 9 de thermidor que libertó á la Francia del cuchillo de Robespierre. En los hierros de su pri-

» cribiese así de su parte, y que me dijera no me
» hiciese perezoso; que me afirmase en fin la certeza
» que el tenia de las ideas del gobierno, que la mar-
» cha de la república no atentaria jamás contra la
» quietud interior de los gobiernos con quien la paz
» fuese estipulada, y mucho menos de la España,
» cuya amistad era un bien esencial al interés y al
» reposo de la Francia. »

Tallien decia verdad, y la escribia de corazon. El gobierno francés admitió en fin la base que proponia la España del *statu quo ante bellum*; pero sin apartar del todo la idea de recompensar á la Francia de algun modo por la restitucion de las plazas, adoptando á este fin, decia Bourgoing, tales medios, que sin ser gravosos á la España, convenidos amistosamente en las conferencias que á este fin serian tenidas, ofreciesen á la Francia algun resarcimiento, mas como prenda de amistad y de buena correspondencia por la parte nuestra, que como sacrificios exigidos por la república francesa.

A esta nueva abertura tan medida y tan galan-

sion, donde estaba guardada para el suplicio, concibió la idea de libertar una infinidad de víctimas: su talento, su energía y su perseverancia la llevaron al cabo de lograrlo. Jamás las gracias y el influjo del bello sexo habian conseguido triunfos tan grandes como fueron los suyos. Esta muger célebre no se olvidó del pais donde habia nacido, ansió por la paz y contribuyó á procurar este bien á las dos naciones.

te, hice responder con una nota concebida en igual tono de urbanidad, pero mas franca todavía, asegurando en ella la sinceridad con que el gabinete español se prestaba á un tratado de paces que á entrambas partes fuese provechoso, y en consecuencia de ello duradero, para lo cual era preciso que los intereses de una y otra parte quedasen dignamente establecidos. A esto añadí que para entrar en conferencias que no fuesen ilusorias, convenia partir desde un principio sobre condiciones ciertas, sin que nada esencial se dejára al acaso, por manera que hermanadas las ideas y las miras de entrambos gabinetes, hubiese un mismo espíritu y un perfecto acuerdo en las instrucciones que se habrian de dar á cada cual de los ministros otorgantes, medio cierto de evitar las dilaciones y de cortar los tristes plazos de la guerra.

El gobierno francés correspondió con otra nota, remitiendo la declaracion pedida y proponiendo en ella como condicion amigable, y única de indemnidad por las restituciones que debian ser hechas á la España, ceder á la Francia la parte española de la isla de Santo Domingo, cuya posesion, no tan solo inútil sino aun gravosa para España en aquella actualidad, seria muy conveniente á la república para extender y afirmar sus intereses coloniales.

Dada cuenta en el consejo de estado y ventilada la propuesta, todos á una voz la encontraron admisible, tanto mas cuanto en el estado de insurreccion

y de anarquía violentísima en que se hallaba aquella isla, no podia ofrecer á sus dueños sino pérdidas y desastres, como no tardó despues en verse. Conformóse el rey de buena voluntad con el voto unánime del consejo, y en 2 de julio fué nombrado para ajustar las paces por nuestra córte el antiguo y acreditado ministro don Domingo Iriarte, poco antes embajador en Polonia, que venia de vuelta y á la sazón debia encontrarse en Berlin ó en Viena. La eleccion de este individuo tuvo dos motivos: el primero, su talento especial para los encargos graves de esta clase; y el segundo, la antigua amistad que unia á Iriarte con el apoderado de la Francia. A prevención, para evitar toda demora en buscarle sucesivamente de una en otra parte, se despacharon dos correos con pliegos duplicados y con estrecho encargo de tomar lengua y no parar hasta encontrarle. La fatalidad dispuso no le hallasen ni en Berlin, ni en Viena, ni en diferentes otros puntos donde fué buscado, dando márgen en Francia esta tardanza para levantar sospechas de que el gabinete español habia buscado un medio de dilatar las conferencias; que intrigaba la Inglaterra y que Iriarte se ocultaba. Tallien estaba ausente en la Bretaña, y aquella rara casualidad de algunos dias prolongó la guerra un mes mas, sin medio de evitarlo. Encontrado en fin Iriarte, que se hallaba en Venecia, partió luego á Basilea y el 22 de julio se firmaron las paces. La ratificacion del tratado se siguió á pocos dias. Por la

república fué dada el primero de agosto; por la España se dió el cuatro.

Los postreros encuentros de la guerra fueron agrios y tenaces. Por el lado de Cataluña perdió Schérer la famosa y reñidísima batalla de Pontós: la derrota fué igual en las dos alas y en el centro de su ejército (1). Los combates parciales sobre todos los puntos que ocupaba el enemigo fueron casi diarios, adelantando siempre nuestras tropas. Rosas, bloqueada por nuestra escuadra, sufrió un terrible bombardeo por la parte de tierra; una gran parte de las fuerzas de Schérer empleadas en defenderla podían bastar apenas á su guarda. En los postreros dias de julio el enemigo fué arrojado de la Cerdeña; Puigcerdá fué tomada por asalto; Belver capituló un dia despues. Tres mil prisioneros, dos generales en-

(1) En las tres campañas no hubo una funcion donde reinase tanta igualdad de valor y buena voluntad en nuestro ejército, cual se vió en esta batalla. Un número increíble de militares se hicieron célebres aquel dia, sin exceptuarse de aquellas glorias particulares ni aun los simples soldados. Todos los generales se distinguieron á porfía, Cuesta, Ofárril, Vives, la Romana, Arias, Buría, Cornel, Godoy, Autran, Mendinueta, Iturrigaray, Guernica, Ordoñez, Cagigal, Taranco, Saint-Hilaire, Moncada, Perlasca, Aguirre, San Juan y otros mil oficiales de todos grados y de todas armas. Para buscar tantos nombres gloriosos véase el parte del general en jefe don José Urrutia en la Gaceta de Madrid de 3 de julio de 1795.

tre ellos, un parque entero y un almacén copioso fueron el producto de estas dos hazañas que ilustraron al valiente Cuesta. Este general, superior á todo elogio, se preparaba ya á embestir á Mont-Luis, cuando los primeros acentos de la paz resonaron en los dos campos, y hartos de hacerse mal depusieron las armas y se abrazaron de entrambas partes los soldados.

Al otro lado del Pirineo fueron mas las batallas, mas empeñados los combates y la fortuna menos cierta en favor de nuestras armas, nunca empero contraria enteramente. La admirable estrategia de nuestros generales burló hasta el fin el empeño porfiado de Moncey de sitiar á Pamplona (1). La necesidad que tuvieron nuestras tropas de impedir aquel sitio á todo trance, dejó la sola gloria al gene-

(1) Los dos generales Crespo y Filangieri, por sus brillantes maniobras, ofrecieron un juego de ajedrez admirable en sus sábias operaciones y en sus rápidos y contrarios movimientos, defendiendo á un tiempo las avenidas de Pamplona y las fronteras de Castilla. Muchas veces pensó Moncey envolver á estos diestros generales, y mas de una vez estuvo él mismo á punto de que los nuestros le envolviesen. En los últimos dias el príncipe Castelfranco concentraba una gran parte de sus fuerzas en Navarra para atacar al enemigo por la parte de Guipuzcoa, interponiéndose entre Moncey divertido en Alava y Vizcaya, y los puestos fortificados que guardaban sus espaldas por delante del Bidasoa. Moncey se daba prisa de acudir á este peligro cuando llegó la nueva de las paces.

ral francés de ocupar á Vitoria y á Bilbao los postremos quince dias de julio. Tres mil infantes, que se alargaron hasta el Ebro y ocuparon algunas horas el castillo de Miranda, fueron arrojados el mismo dia (24 de julio) por los valientes Castellanos. La temeridad de Miollis, que ensayó esta excursion, le costó un buen número de prisioneros, con no pocos muertos. Entre estos se contaron el esforzado Maurás que mandaba los cazadores de montaña, y otros oficiales temerarios que se imaginaron la Castilla sin defensa.

Y he aquí el lugar de deshacer un error en que muchos han caido y al que mis contrarios se suscribieron con aplauso de pies y manos, asentando como un hecho que el ejército francés pasó el Ebro, que se sostuvo en él y que amenazada la Castilla, el terror de la córte la obligó á pedir las paces. Tres mil hombres, que se asomaron á aquel punto, no llevaban mas encargo del general Moncey que llamar la atencion hácia aquel lado para embestir á Pamplona libremente. Esto es lo primero. Lo segundo concluye mas, que es tener cuenta con las fechas. Las paces se firmaron en 22 de julio en Basilea; y la excursion al Ebro por las tropas francesas fué dos dias despues, el 24. ¿Qué se puede responder á esta cuenta? ; Tanto valdria decir que la Francia hizo la paz porque á fin de julio el ejército español amenazaba á Mont-Luis y pasaba la frontera!

CAPITULO XXVI.

Tratado de paz de Basilea.

Falta ver si el asiento de paces que fué hecho con la Francia correspondió al honor que sostuvieron nuestras armas, y á la decorosa actitud que el gabinete español habia tenido en la negociacion que fué entablada. He aquí á la letra aquel tratado.

«S. M. católica y la república francesa, animados igualmente del deseo de que cesen las calamidades de la guerra que los divide, convencidos íntimamente de que existen entre las dos naciones intereses respectivos que piden se restablezca la amistad y buena inteligencia; y queriendo por medio de una paz sólida y durable se renueve la buena armonía que tanto tiempo ha sido basa de la correspondencia de ambos paises; han encargado esta importante negociacion, es á saber:

«S. M. católica, á su ministro plenipotenciario y enviado extraordinario cerca del rey y la república de Polonia Don Domingo de Iriarte, caballero de la real orden de Carlos III; y la república francesa, al ciudadano Francisco Barthélemy, su embajador en Suiza, los cuales despues de haber cambiado sus plenos poderes han estipulado los artículos siguientes.

I.

« Habrá paz, amistad y buena inteligencia entre el rey de España y la república francesa.

II.

« En consecuencia cesarán todas las hostilidades entre las dos potencias contratantes, contando desde el cambio de las ratificaciones del presente tratado, y desde la misma época no podrá suministrar una contra otra, en cualquier calidad ó á cualquier título que sea, socorro ni auxilio alguno de hombres, caballos, víveres, dinero, municiones de guerra, navíos, ni otra cosa.

III.

« Ninguna de las partes contratantes podrá ceder paso por su territorio á tropas enemigas de la otra.

IV.

« La república francesa restituye al rey de España todas las conquistas que ha hecho en sus estados durante la guerra actual. Las plazas y países conquistados se evacuarán por las tropas francesas en los quince dias siguientes al cambio de las ratificaciones del presente tratado.

V.

«Las plazas fuertes citadas en el artículo antecedente se restituirán á España con *los cañones, municiones de guerra y enseres del servicio de aquellas plazas, que existan al momento de firmarse este tratado* (1).

(1) Yo les pido á mis lectores que se tomen el trabajo de comparar este artículo con el artículo VI del tratado de paz de Luneville, por el cual, establecida la demarcacion de las fronteras de la república francesa y del imperio germánico sobre el *talweg* del Rhin, se estipula lo siguiente: «La república francesa renuncia formalmente á toda posesion, sea la que fuere, en la orilla derecha del Rhin, y consiente en restituir á quien pertenezcan las plazas de Dusseldorf, Ehrenbreitstein, Filisburgo, el fuerte de Cassel y las demas fortificaciones por frente de Maguncia, el fuerte de Kehl y el Viejo Brisach, *bajo la condicion expresa de que las dichas plazas y fuertes deberán permanecer en el estado en que se encuentren al tiempo de su evacuacion.*»

¿Cuál fué el objeto de este artículo? Demoler é inutilizar las plazas que debian ser restituidas al Imperio, mientras se aprobaba el tratado y se cambiaban las ratificaciones. Así fué, que al tenor de las órdenes que se comunicaron fueron desmanteladas las fortificaciones de Filisburgo, y arrasadas enteramente las de Ehrenbreitstein. Otro tanto sucedió en Italia, donde fueron derribadas las obras de Porto-Legnago y los castillos de Verona, en una palabra, todas las plazas que debian restituirse se entregaron arruinadas é inservibles.

¿Y en España? No tan solo nos fueron entregadas nuestras plazas sin ningun deterioro, sino ademas mejo-



VI.

«Las contribuciones, entregas, provisiones, ó
»cualquiera estipulacion de este género que se hu-
»biese pactado durante la guerra, cesarán quince
»dias despues de firmarse este tratado. Todos los cai-
»dos ó atrasos que se deban en aquella época, co-
»mo tambien los billetes dados, ó las promesas he-
»chas en cuanto á esto, serán de ningun valor. Lo
»que se haya tomado ó percibido despues de dicha
»época se devolverá gratuitamente ó se pagará en
»dinero contante (1).

VII.

«Se nombrarán inmediatamente, por ambas par-
»tes, comisarios que entablen un tratado de límites
»entre las dos potencias. Tomarán estos en cuanto

radas, Rosas reedificada y todas ellas guarnecidas y per-
trechadas tal como se hallaban en 22 de julio, en que
se firmó el tratado. La buena fé y la buena voluntad con
que por parte de la república se convino en esta plena
restitucion, se manifiesta con evidencia en la designacion
de un dia incierto cual debia ser la conclusion y la firma
del tratado, resultando por tal modo que no era dable re-
tirar préviamente á las ratificaciones ninguno de los ob-
jetos que componian el material del servicio de aquellas
plazas, pues que hasta el punto de firmarse y ratificarse
el tratado, tenian que defenderlas los franceses.

(1) Este artículo fué completo y exclusivamente en
favor de la España. Digno es tambien de compararse con
el XVIII de la paz de Luneville, en cuya virtud las requi-

» sea posible por basa de él, respecto á los terrenos
» contenciosos antes de la guerra actual, la cima de
» las montañas que forman las vertientes de las aguas
» de España y Francia (1).

VIII.

« Ninguna de las potencias contratantes podrá,
» un mes despues del cambio de las ratificaciones
» del presente tratado, mantener en sus respectivas
» fronteras mas que el número de tropas que se

siciones, contribuciones, prestaciones de guerra, etc., no debian cesar hasta las ratificaciones del tratado, lo cual no podia menos de tardarse, teniendo que concurrir á darlas todo el cuerpo del Imperio. Demas de esto, cuanto á las deudas y atrasos, ningun territorio de los que debian restituirse fué evacuado por las tropas de la república hasta que fué pagada la postrer céntima de las contribuciones caidas. A esta ocupacion prolongada todo el tiempo que duraron las cobranzas, se añadieron ejecuciones y apremios, practicados con tal rigor que los pueblos del Tirol se sublevaron y estuvo á pique de encenderse en aquel pais una guerra popular. Moreau usó del rigor militar sin misericordia, y todo fué cobrado.

(1) Por este artículo se trató de poner fin á la multitud de usurpaciones que de tiempos antiguos era un motivo continuo de disputas y querellas, se buscó evitar toda ocasion de contiendas entre los pueblos limítrofes, y se dejó ver que adoptando la simple regla de las vertientes para decidir los puntos dudosos, la política no tomaba parte alguna en la cuestion de los puntos que hasta entonces se habian controvertido.

» acostumbraba tener en ellas antes de la guerra
» actual (1).

IX.

« En cambio de la restitucion de que se trata en
» el artículo IV, el rey de España, por sí y sus suc-
» cesores, cede y abandona en toda propiedad á la
» república francesa toda la parte española de la isla
» de Santo Domingo en las Antillas.

« Un mes despues de saberse en aquella isla la
» ratificacion del presente tratado, las tropas espa-
» ñolas estarán prontas á evacuar las plazas, puertos
» y establecimientos que allí ocupan, para entregar-
» los á las tropas francesas cuando se presenten á to-
» mar posesion de ella.

« Las plazas, puertos y establecimientos referi-
» dos se daran á la república francesa con los caño-
» nes, municiones de guerra y efectos necesarios á
» su defensa que existan en ellos cuando tengan no-
» ticia de este tratado en Santo Domingo.

(1) ¿En qué otro tratado de paces entre la república francesa y las demas potencias beligerantes se estableció esta simple condicion, por la cual descansase aquella enteramente sobre la buena fé de su vecino sin hacer inclinar á su favor la balanza de las seguridades? Por este artículo abandonó la república sus antiguas pretensiones de mantener en los puntos litorales de la frontera mayor número de tropas que la España, bajo el pretexto de guardarlas contra la Inglaterra.

« Los habitantes de la parte española de Santo
» Domingo, que por sus intereses ú otros motivos
» prefieran transferirse con sus bienes á las posesio-
» nes de S. M. católica, podrán hacerlo en el espacio
» de un año contado desde la fecha de este tratado.

» Los generales y comandantes respectivos de
» las dos naciones se pondrán de acuerdo en cuanto
» á las medidas que se hayan de tomar para la eje-
» cucion del presente artículo (1).

X.

« Se restituirán respectivamente á los individuos
» de las dos naciones los efectos, rentas y bienes de
» cualquier género que se hayan detenido, tomado
» ó confiscado á causa de la guerra que ha existido
» entre S. M. católica y la república francesa, y se
» administrará tambien pronta justicia por lo que
» mira á todos los créditos particulares que dichos
» individuos puedan tener en los estados de las dos
» potencias contratantes.

(1) La adquisicion de esta parte de la isla de Santo Domingo era tan poco codiciable, que la república no acudió á tomar posesion de ella sino cuatro años despues. Y á decir verdad, no fué la república, sino el negro Santos Louverture quien agitó esta toma de posesion en 1799, sin aguardar las órdenes de la república, á quien el comisario francés Roume tenia hecha una consulta especial sobre este asunto.

XI.

» Todas las comunicaciones y correspondencias
» comerciales se restablecerán entre España y Fran-
» cia en el pie en que estaban antes de la presente
» guerra hasta que se haga un nuevo tratado de co-
» mercio (1).

« Podrán todos los negociantes españoles volver
» á tomar y pasar á Francia sus establecimientos de
» comercio, y formar otros nuevos segun les con-
» venga sometiéndose como cualquier individuo á
» las leyes y usos del pais.

« Los negociantes franceses gozarán de la misma
» facultad en España bajo las propias condiciones.

XII.

» Todos los prisioneros hechos respectivamente
» desde el principio de la guerra, sin consideracion

(1) Es de notar aquí, que en virtud de este tratado ni aun adquirió la Francia aquellas ventajas especiales que respecto al comercio se suelen estipular en tales casos. Todas las cosas, como estaban antes. Y aun es mas, porque en ningun artículo se tocó á nuestras relaciones de amistad y comercio con la Inglaterra ni con ninguna otra de las potencias que guerreaban contra la república: tanto fué lo que esta contempló á la España. ¿En qué otro tratado de paces se mostró la Francia tan larga y conveniente con las demas potencias?

» á la diferencia del número y de grados, compren-
 » didos los marinos ó marineros tomados en navíos
 » españoles y franceses, ó en otros de cualquiera na-
 » cion, como tambien todos los que se hayan deteni-
 » do por ambas partes con motivo de la guerra, se
 » restituirán en el término de dos meses á mas tar-
 » dar despues del cambio de las ratificaciones del
 » presente tratado, sin pretension alguna de una y
 » otra parte, pero pagando las deudas particulares que
 » puedan haber contraido durante su cautiverio. Se
 » procederá del mismo modo por lo que mira á los
 » enfermos y heridos despues de su curacion.

« Desde luego se nombrarán comisarios por am-
 » bas partes para el cumplimiento de este artículo.

XIII.

« Los prisioneros portugueses que forman parte
 » de las tropas de Portugal, y que han servido en
 » los ejércitos y marina de S. M. católica, serán igual-
 » mente comprendidos en el dicho cange.

« Se observará la recíproca con los franceses
 » apresados por las tropas portuguesas de que se
 » trata.

XIV.

« La misma paz, amistad y buena inteligencia
 » estipulada en el presente tratado entre el rey de
 » España y la Francia, reinarán entre el rey de Es-

»paña y la república de las Provincias Unidas, alia-
»da de la francesa (1).

XV.

«La república francesa, queriendo dar un testi-
»monio de amistad á S. M. católica, acepta su me-
»diacion en favor de la reina de Portugal, de los
»reyes de Nápoles y Cerdeña, del infante duque de
»Parma y de los demas estados de Italia, para que
»se restablezca la paz entre la república francesa y
»cada uno de aquellos príncipes y estados.

XVI.

«Conociendo la república francesa el interés que
»toma S. M. católica en la pacificacion general de
»la Europa, admitirá igualmente sus buenos oficios
»en favor de las demas potencias beligerantes que
»se dirijan á él para entrar en negociacion con el
»gobierno frances (2).

(1) Nuestra amistad con la Holanda no se hallaba interrumpida, y al contrario se volvió á anudar en 14 de mayo de 1795, en virtud de notas y oficios pasados entre el gabinete de mi cargo y el de los estados generales por el intermedio y á solicitud de su ministro extraordinario M. Van-der-Gons.

(2) Los que gobernaban entonces la república francesa, deseados de ganar en su favor la opinion y la confianza de la Francia, entraron seria y eficazmente en la idea de re-